

IMAGEN, PALABRA, SABER
EL EDUCADOR
CONTRA EL
COMUNICADOR

Rafael Argullol

SEMINARIO INTERDISCIPLINAR

O(s) sentido(s) da(s) cultura(s)

Un diálogo aberto sobre o presente e futuro da Cultura

Coordinado por Ramón Maiz



IMAGEN, PALABRA, SABER
EL EDUCADOR
CONTRA EL
COMUNICADOR

Rafael Argullol

SEMINARIO INTERDISCIPLINAR

O(s) sentido(s) da(s) cultura(s)

Un diálogo aberto sobre o presente e futuro da cultura

Coordinado por Ramón Maiz

XOVES 18 DE XUÑO DE 2009, ÁS 17:00 H NO CONSELLO DA CULTURA GALEGA

CONSULTA OS MATERIAIS EN [HTTP://WWW.CONSELLOCULTURA.ORG/SENTIDOS/](http://www.consellocultura.org/sentidos/)

Consello da Cultura Galega
Pazo de Raxoi, 2º andar
15705 Santiago de Compostela - Galicia
Tfno.: +0034 981 957 202
actividades@consellodacultura.org

Rafael Argullol

Rafael Argullol Murgadas (Barcelona, 1949), narrador, poeta e ensaísta, dirixe o Instituto Universitario de Cultura da Universidade Pompeu Fabra e é catedrático de Estética e Teoría das Artes na Facultade de Humanidades da mesma Universidade. É autor de vinte e cinco libros en distintos ámbitos literarios: poesía (*Disturbios del conocimiento*, *Dueño en el Valle de la Muerte*, *El afilador de cuchillos*), novela (*Lampedusa*, *El asalto del cielo*, *Desciende, río invisible*, *La razón del mal*, *Transeuropa*, *Davalú*) e ensaio (*La atracción del abismo*, *El Héroe y el Único*, *El fin del mundo como obra de arte*, *Aventura. Una filosofía nómada*, *Escritos ante una guerra*, entre outros) dirixíndose cada vez máis cara á unha escritura transversal que rompe os xéneros literarios (*Cazador de instantes*, *El puente del fuego*, *Enciclopedia del crepúsculo*, *Breviario de la aurora* etc.). Estudou Filosofía, Medicina, Economía e Ciencias da Información na Universidade de Barcelona e asistiu a cursos na Universidade de Roma, no Warburg Institute de Londres e na Universidade Libre de Berlín, doutorándose en Filosofía (1979) na súa cidade natal. Como profesor ensinou en universidades europeas e americanas e deu conferencias en cidades de Europa, América e Asia. Colaborador habitual de xornais e revistas, vinculado con frecuencia a súa faceta de viaxeiro e a súa estética literaria, interveu en diversos proxectos teatrais e cinematográficos. Gañou o Premio Nadal coa súa novela *La razón del mal* (1993), e o Premio Ensayo de Fondo de Cultura Económica con *Una educación sensorial* (2002).

IMAGEN, PALABRA, SABER EL EDUCADOR CONTRA EL COMUNICADOR

Rafael Argullol

El mayor interés de hurgar en el futuro es la posibilidad de la aventura, aunque ésta sea fundamentalmente un ejercicio de la imaginación. Las otras perspectivas son menos excitantes por más que puedan ser de utilidad social. Por eso pensar el futuro o lo que es preferible: pensar una determinada parcela del futuro- requiere, en quien trata de hacerlo, una toma de partido, una exposición de deseos que sobrepase la mera captación de realidades.

Confieso que siento escaso entusiasmo por las miradas sociológicas sobre el futuro, quizá porque he comprobado, con asombro primero y divertido después, que tales miradas conducen a menudo hacia conclusiones diametralmente opuestas. Los llamados estudios de la realidad, en especial cuando toman los hábitos de profeta, lo que sucede con obstinada frecuencia, pueden

alcanzar, con pasmosa simultaneidad, alturas beatíficas y abismos apocalípticos. Desde este punto de vista uno de los desarrollos más irónicos del que todavía es nuestro siglo es la conversión de las pomposamente denominadas “ciencias sociales” en sinuosas ciencias ocultas, cuyo lenguaje críptico apenas puede disimular el desconcierto en que proliferan. Nuestra época de expertos es también una época de brujos, con la diferencia de haber sustituido las pócimas de éstos por las estadísticas de aquéllos. Y así no deja de ser paradójico, y sarcástico, que las grandes figuras que actúan como protagonistas en los escenarios del presente -el Político, el Economista, el Sociólogo, el Comunicador- sean, observados de cerca, inseguros formuladores de inciertos presagios.

En el actual reino de la encuesta nada más saludable que exilarse de vez en cuando del mundo de las cifras para poder respirar en el aire fresco de las ideas. Unas y otras no son, desde luego, incompatibles pero en ocasiones puede resultar fructífero mantenerlas alejadas entre sí. Se comprenderá, en consecuencia, que me aparte de los augurios supuestamente basados en datos empíricos. Ya hay suficientes augures dedicados a la tarea. Prefiero, en distinta dirección, fantasear con ciertas ideas que me conciernen y con las que en alguna medida me siento implicado.

Debo reconocer, de entrada, que experimento una fuerte aversión hacia determinados términos cuya hipotética nobleza social queda contrarrestada por la confusión de su uso. Son términos que en apariencia todo hombre civilizado debe respetar mientras, al unísono, ese mismo hombre civilizado acaba ignorando su real significado. Los hay a decenas en la comunicación diaria. Entre ellos términos tales como “enseñanza”, “educación”, “formación”. Nos hablan de cosas que tenemos por absolutamente necesarias, pero si por un momento nos detenemos a calibrar su contenido es muy posible que nuestra mente se quede en blanco: lo indiscutible está repleto de vaguedades y contradicciones. Lo que es se presenta mezclado con lo que debiera ser o nos gustaría que fuera.

Si logramos avanzar un poco más también se presenta mezclado con lo que no debiera ser. Cada uno tiene ahí su propia capacidad de elección. Algo similar ocurre con otras palabras nobles, como “bienestar”, “progreso” o “democracia”. No es un mal comienzo empezar a caminar a través de lo que no debiera ser. En nuestro caso descartar, por ejemplo, que formación pueda asimilarse a la información o a la instrucción. De acuerdo con las concepciones de cada uno es posible establecer auténticas genealogías del error. A poco que uno insista es posible hacer contundentes proclamas de lo que no debiera ser. Más difícil es recorrer asimismo el camino contrario y aventurarse en la idea con la que, aunque fuera aproximadamente, podríamos identificarnos. Para ello, de nuevo, hay que elegir.

Afortunadamente no elegimos en el vacío. Recurrimos a referencias, a legados, de modo que es inevitable que el pasado sirva para iluminar nuestra configuración del futuro. Este es el valor fundamental de la tradición: proporcionarnos modelos imperfectos que nosotros podemos transfigurar dotándolos de un aura de perfección. Sin las elecciones de hombres anteriores nosotros no estaríamos en condiciones de elegir. La tradición nos ofrece la posibilidad de orientar nuestras preferencias, si bien debemos ser suficientemente escépticos e iconoclastas para reconocer que estamos jugando, en gran parte, con ilusiones, con fantasmas que sólo existen gracias a la proyección ideal que nosotros, desde nuestro presente, les concedemos.

Mis preferencias me llevan a tres momentos de nuestra tradición en los que se encarna, con particular vitalidad, una ambición de formación global del ser humano: la paideia griega, el humanismo renacentista y la Bildung ilustrada. No es mi propósito entrar en detalles acerca de cada uno de esos momentos, pero sí quisiera resaltar lo que en ellos reconozco como común esfuerzo por integrar las potencialidades humanas. Alrededor de un concepto de armonía, de cosmos, los antiguos griegos, reivindicando la centralidad del hombre los humanistas del Renacimiento,

apoyándose en la defensa de la libertad y la razón los ilustrados, en todos los casos advertimos una aspiración a la “grandeza del alma” sin la cual deja de tener sentido cualquier proyecto educacional o formativo.

No ignoramos las enormes diferencias que estos tres momentos guardan entre sí ni, tampoco, lo alejados que nosotros nos encontramos de ellos, pero eso importa menos que la ejemplaridad que todavía nos ofrecen. Desde esta óptica el ideal paidéico, en el que sintetiza tal carga ejemplar, nos sirve de marco de referencia para nuestras propias ambiciones intelectuales y morales. Si fuera imprescindible ilustrarlo con una metáfora yo propondría identificarlo con una telaraña en la que se van tejiendo los saberes personales y colectivos. Para comprender el alcance de esta imagen es necesario asumir la importancia de los dos protagonistas principales: de un lado, la persona, que no asimilo, como se verá, al individuo moderno; de otro, la polis, que sólo muy tangencialmente tiene que ver con lo que en general entendemos por política.

Tratemos de indagar, por tanto, en el sentido que para nosotros puede tener el ideal paidéico, tomando simultáneamente partido frente al significado del saber. ¿Qué significa saber? La pregunta es nueva y vieja al mismo tiempo, sorprendiéndonos a menudo lo cerca que están nuestras respuestas de los antiguos. Sobre todo cuando expresamos la sospecha de lo que no es saber. Sospechamos que la mera información no es saber; sospechamos que el saber tampoco puede ser equivalente a la pura acumulación de conocimientos, sean estos teóricos o instrumentales. Pero esta ya es una vieja desconfianza que podemos leer en los fragmentos que nos han quedado de Heráclito: “la mucha erudición no conduce a la comprensión”.

Detengámonos un instante en la cultura que tan tempranamente experimentó esta desconfianza. Hay una tendencia enigmática que domina la civilización clásica griega: “conócete a ti mismo”.

Presidía, como es sabido, el templo oracular de Delfos. A ella se refieren, con frases similares, los siete Sabios y los filósofos presocráticos. De alguna u otra forma está presente en todas las escuelas de pensamiento. Todos hemos oído hablar de ella y probablemente muchos estaríamos dispuestos a concederle el papel relevante de piedra angular del saber. Pero, ¿realmente hemos averiguado algo del secreto de la famosa sentencia?

Demos algunas vueltas a su alrededor para tratar de acercarnos al núcleo del ideal paidéico. Conocerse no es, desde luego, conocer en una simple dimensión teórica. Es mucho más y, también, algo acentuadamente distinto. Quizá lo que en mayor medida perfila el ámbito del conocer sea el descubrimiento: descubrir el mundo y descubrirse. Parece obvio que debemos remitirnos a territorios más vastos que lo que sugiere nuestro restringido concepto de educación: territorios morales, territorios psicológicos. Al fondo subyace siempre una denodada persecución de armonía, la fijación de un cosmos -es decir, de un orden- frente al permanente acecho de caos. La naturaleza aspira a ser cosmos, la ciudad aspira a ser cosmos. Este talante domina la física, la ética, la política. También el hombre como entidad individual aspira a ser cosmos.

Esta aspiración ilumina el sentido del bien-vivir reclamado por el gran crisol paidéico de la filosofía griega. Platón, Aristóteles, el mismo Epicuro. La eudaimonia aristotélica es una muestra particularmente rica al poner en primer plano la búsqueda de conciliación del hombre tanto con el mundo cuanto consigo mismo. Conoce tu daimon: concóctete, concíliate. Quizá de igual forma podamos decir: reconóctete, reconcíliate. No son propuestas diferentes, sino dos caras de idéntico proceso, cuando observamos al hombre como un ser que al entrar en conocimiento de la realidad que le envuelve descubre su propio potencial.

La misión educativa, paidéica, de la filosofía griega sigue siendo para nosotros una referencia extremadamente sólida siempre que

nos desembarcemos de la visión deformada que tenemos de ella tras su encarcelamiento en los sistemas de enseñanza. Si algo aparece como un común vitalizador de la entera filosofía griega, más allá de la diversidad de planteamientos, es la reivindicación de unidad entre acción y reflexión, entre vida y pensamiento. La filosofía es un conocimiento del mundo que conduzca al conocerse y, en consecuencia, a la posibilidad de mejorar la existencia. De nada sirve el conocimiento sino entraña esa riqueza vital. Saber es saberse vivo. Formarse para y desde la vida.

De ahí el tremendo error reduccionista que hemos cometido al creer que el logos podía encerrarse en una razón teórica o en una dirección más pragmática, en una razón instrumental. El logos no queda representado por esa razón misérrima que dibuja el acceso del hombre a la civilización por una supuesta erradicación del mito: ese “paso del mythos al logos” que nunca se ha producido. El logos de la filosofía griega, por el contrario, es el motor que estimula la búsqueda de armonía. Los estoicos lo enuncian con claridad cuando se refieren a un “logos común” en el que se integran los poderes del hombre en una triple orientación: hacia sí mismo, hacia la polis, hacia la naturaleza. El desarrollo creativo de esos poderes es lo que permite al ser humano constituirse como persona y, colectivamente, como civilización.

En el ideal paidéico hallamos, por tanto, una afirmación de identidad que, sin embargo, debe apoyarse necesariamente en un continuo autocuestionamiento. Conocerse no es jamás un ejercicio solipsista. Conocerse es conocer a través de conocimiento de lo que nos rodea y de quienes nos rodean. De lo otro. Por eso el diálogo triunfa sobre el monólogo y el deseo del saber sobre la fría posesión del saber. Hay un auténtico eros del saber, que un Platón refleja en páginas inolvidables, que descarta, por inerme, toda tentación de endogamia doctrinaria. El conocimiento es el fruto del permanente contraste con la vida y con las vidas.

Por mucho que hayan cambiado las condiciones de la humanidad

a lo largo de los siglos no creo que, en lo sustancial, estos presupuestos deban ser modificados. Es en este aspecto que el futuro puede ser guiado por el pasado sin caer en la estéril reducción de la nostalgia.

Un conocimiento compartido, y a la par sujeto a un permanente proceso de cuestionamiento y contraste, nos aproxima a una comprensión dinámica de lo que puede ser la cultura. De nuevo hay que tratar de sortear la trampa de la multitud de significados y atribuciones dispares que acompañan a un término de prestigio. Sin descalificar otras posibilidades me gusta considerar la cultura como el escenario potencial donde se encuentran las distintas tentativas de conocerse de una comunidad. Por eso no debe haber discontinuidad entre nuestras visiones de la educación, del saber y de la cultura: aunque los miradores sean distintos apuntamos a idéntico objetivo.

Educar, por tanto, implica educarse en el bien-vivir, en el conocerse, en el saberse vivo. No hay fórmulas ni sistemas de enseñanza que puedan encerrar una ambición tan amplia y, al mismo tiempo, tan sencilla. Por fortuna no estamos obligados a enunciar estas fórmulas ni a programar estos sistemas. Si podemos, en cambio, insinuar ciertos deseos, apuestas tal vez, en una determinada dirección. Desde esta pretensión el ideal paidéico podría, en nuestra época, ser afrontado mediante una cuádruple perspectiva: una cultura de la “propia responsabilidad”, una cultura de la “co-responsabilidad en el mundo”, una cultura de la libertad, una cultura de la tolerancia.

Muchos, supongo, comparten una perspectiva semejante. Sin embargo, la aceptación de una cultura desplegada de tal forma implica asimismo la aceptación de una complejidad en el trato con la vida que ya no tantos estarán dispuestos a defender. El riesgo de la complejidad suscita en nuestros días temores pavorosos. No obstante, no hay posibilidad alguna de “formarse” -es decir, de conocerse- sin asumir ese riesgo.

De ahí que sea crucial el tipo de lectura de la existencia que nos propongamos si queremos defender una cultura en la que el hombre sea capaz de asumir su responsabilidad, elegir libremente y respetar la diferencia. Nuestra cotidianidad nos ofrece una lectura restringida de la existencia, con el agravante de que nos es presentada, y nosotros tendemos a aceptarla, como la única lectura posible. Quizá el fenómeno más poderosamente inquietante de este final de siglo sea el definitivo encumbramiento del Comunicador como figura hegemónica. El Comunicador domina por completo la vida colectiva y en buena medida, también, las vidas individuales. Pero lo que denomino Comunicador rebosa el ámbito de la abrumadora influencia de los medios de comunicación para integrar nuestras propias conciencias: en cuanto obedecemos las leyes que reducen la realidad a la representación de lo actual nosotros asimismo formamos parte del Comunicador. Somos el Comunicador.

Aunque en apariencia crea gozar de libertad el hombre que acata esta lectura mutilada de la existencia está sometido a un totalitarismo de consecuencias devastadoras. La gran paradoja de nuestro tiempo es que el vértigo reduce al ser humano a la inmovilidad. El vértigo de la producción, el vértigo de la información, el vértigo del consumo: tras la enloquecida secuencia de escenas en las que permanentemente se excita a la acción sobrevive un hombre atrapado en la posibilidad, un hombre que acaba necesitando la completa trivialización de su vida para defenderse del miedo que esta misma le produce.

Desde este ángulo parece evidente que la idea de saber —y la educación el saberse vivo— se enfrenta radicalmente al “totalitarismo de la actualidad”. Naturalmente con esto no niego la obvia importancia de lo actual como fuente de conocimiento. El verdadero peligro estriba en la usurpación de funciones por la que la actualidad ocupa el entero horizonte de lo que consideramos real empobreciendo la visión que tenemos de nosotros mismos. Contra esta usurpación deberíamos forjar un ideal paidéico que implicara

otra lectura de la existencia, empezando por la constatación de que no hay una única sino múltiples lecturas posibles.

Este punto de partida es una condición sine qua non de la libertad. Todos los totalitarismos, sean del pasado o del presente, tienen en común la unidimensionalidad en la mirada sobre el mundo. Frente a ellos el poder de la cultura conduce, o deberían conducir, a la duda, a la complejidad, a la tensión. La formación del hombre únicamente tiene su razón de ser en cuanto descubrimiento de los inagotables interrogantes que acompañan a las escasas respuestas. Es justo que aspiremos al mayor número de certezas posibles, pero lo que auténticamente enriquece nuestra vida es el peregrinaje que realizamos por el ilimitado territorio de las preguntas. Por eso acumulamos saberes que nos son útiles e imprescindibles pero el gran saber es un perpetuo giro alrededor del enigma. Y es precisamente ahí donde reside la fuerza educadora de la poesía, del arte, de la filosofía. La radical utilidad de esas actividades esencialmente inútiles.

Es quizá por esa razón que me parece superfluo oponer, como se hace habitualmente, la “cultura de la palabra” y la “cultura de la imagen”. El auténtico antagonismo viene señalado en términos de lectura de la existencia. Frente a la invitación a la trivialidad y a la amnesia que supone la hegemonía del Comunicador el Educador -es decir, la cultura en la única acepción potente de la expresión- debería ser una invitación a la búsqueda y a la interrogación. También al deseo: al deseo de libertad, al deseo de plenitud, al deseo de armonía. Las viejas aspiraciones externamente jóvenes sobre las que gravita, para decirlo en términos de Schiller, cualquier proyecto de educación de la humanidad.

Tanto la imagen como la palabra son instrumentos bifrontes que pueden ser empleados bien para el camuflaje de la vida, bien para su compleja revelación. En nuestros días se acusa, en general con acierto, a la denominada “cultura de la imagen” de ser un medio de empobrecimiento mental de las multitudes. Sin embargo, este

no es un fenómeno exclusivo de nuestra época: la imagen como ídolo ha servido siempre como herramienta para la manipulación de las conciencias, y así lo advertimos en el temprano testimonio de los filósofos antiguos. Lo diferencial de nuestra época es, sin duda, el efecto nocivo y universal de esa manipulación, como consecuencia, en gran medida, de uno de los caracteres que mejor definen la identidad del siglo XX: la fusión de la técnica y la representación visual. Nunca como ahora la utilización de la imagen-ídolo había sido tan eficazmente demoledora hasta configurar la formidable idolatría cotidiana que todos conocemos.

No obstante el uso manipulador de la imagen no debe hacernos olvidar el uso, igualmente manipulador que también ha tenido, y tiene, la palabra. En este sentido no es casual que muchos de los mejores escritores y pensadores modernos hayan insistido en las “trampas de la palabra”: de Baudelaire a Nietzsche y de Kraus al recientemente fallecido Canetti, una de las constantes de la cultura de nuestro tiempo ha sido la crítica a la fetichización de la palabra, especialmente cuando ésta, sobre todo a través de los políticos y los periodistas, aunque también de otros gremios, ha sido puesta bajo la tutela vampirizadora y niveladora del Comunicador.

El ideal paidéico que pudiéramos reivindicar para nuestro presente debería actuar en dirección contraria, absorbiendo la fuerza evocadora y creadora tanto de la imagen como de la palabra. Evocación y creación van juntas cuando se trata de leer la existencia en profundidad. La imagen como ídolo y la palabra como fetiche, al concentrar todos los impulsos en las pulsiones más inmediatas, desarticulan el espesor de la vida y ofrecen una visión esquemática del mundo. Por eso son admirablemente aptas para la demagogia: una promesa de movimiento desde la absoluta inmovilidad, un río de información que oculta el caudal seco del saber, una explosión de esporádicos conocimientos que buscan disimular el terror a conocerse.

El Educador sigue el rumbo opuesto: es intempestivo. La cultura,

en la única forma que acierto a concebirla, es siempre intempestiva. No está contra la actualidad; está más allá de la actualidad. No está contra el orden existente de las cosas; está más allá de ese orden, inmutable ante sus leyes y ante sus prejuicios. Y eso concierne tanto a la “cultura de la imagen” como a la “cultura de la palabra”. Pero la intempestividad exige una tercera condición: permanecer indiferente ante lo que brilla en la superficie. Los caminos del conocimiento transcurren por latitudes en los que no cuenta para nada ni el éxito ni la moda ni el poder. Tampoco, desde luego, lo “socialmente conveniente” o lo “rabiosamente actual”.

Un mundo dirigido por el Comunicador es un mundo en el que los hombres son conminados a vivir de “prestado”, a vivir por cuenta ajena: viven sólo en la medida en que aceptan integrarse en el gran simulacro que se le ofrece. En esas condiciones su responsabilidad es imposible y su libertad, falsa. Al Educador, a la cultura, le corresponde la función subversiva de demostrar que un mundo vertebrado de esta manera es, bajo todas las apariencias de orden que se quiera, un mundo caótico dominado por la ignorancia.

La apuesta por el conocimiento es siempre subversiva porque supone poner al hombre en tensión consigo mismo sin posibilidad de recurrir a fórmulas fáciles ni falsas expectativas. Pero la compensación es enorme si con ello le hace avanzar hacia su propio descubrimiento y, por tanto, hacia su libertad.

notas

Crear cultura,
imaxinar país



Vinte e cinco anos
do Consello
da Cultura Galega